

ACTAS DEL XIII CONGRESO INTERNACIONAL ASOCIACIÓN HISPÁNICA DE LITERATURA MEDIEVAL

(Valladolid, 15 a 19 de septiembre de 2009)

IN MEMORIAM
ALAN DEYERMOND

I

Editadas por
José Manuel Fradejas Rueda
Déborah Dietrick Smithbauer
Demetrio Martín Sanz
M^a Jesús Díez Garretas



VALLADOLID
2010

© Asociación Hispánica de Literatura Medieval, 2010

© Los autores, 2010

Reservados los todos derechos. Prohibida la reproducción parcial o total por cualquier medio, salvo para citas, sin permiso escrito de los propietarios del copyright

Publicado por el Ayuntamiento de Valladolid y la Universidad de Valladolid

Ni el Ayuntamiento de Valladolid, ni la Universidad de Valladolid (UVa) ni la Asociación Hispánica de Literatura Medieval (AHLM) ni los editores son responsables de la permanencia, pertinencia o precisión de las URL externas o de terceras personas que se mencionan en esta publicación, ni garantizan que el contenido de tales sitios web es, o será, preciso o pertinente.

Edición realizada dentro del proyecto de investigación VA46A09 financiado por la Junta de Castilla y León.

Ilustración de la cubierta de María Varela

ISBN 978-84-693-8468-8

D.L. VA 951-2010

Impreso en España por
Valladolid Artes Gráficas

RAÍCES, CONTEXTO Y JUSTIFICACIÓN DEL AMOR CORTÉS

CÉSAR HERNÁNDEZ ALONSO
Universidad de Valladolid

1. Verdaderamente abruma asomarse de nuevo, a estas alturas de la crítica y de la vida, a la bibliografía del amor cortés. Tanto y tan variado, tan dispar y tan jugoso se ha escrito sobre él, directa o indirectamente, que parece oportuno poner orden en tal revuelo y tratar de reconducir algunas 'aguas que se han salido de madre'. Lograrlo o no es el dilema; conseguirlo, el objetivo.

Seguir interpretando el *amor cortés* como una mera moda literaria o como un juego cortesano plasmado en la poesía trovadoresca y en bastantes *tractados* e incipientes novelas es una aberración y una distorsión de lo que subyace bajo ese ropaje ornamental de la palabra elaborada. Bajo ese deslumbrante neoplatonismo laten (en su etimológico sentido) complejos movimientos ideológicos y religiosos, renovadores, aun revolucionarios, en su momento.

Tal vez convenga asomarnos a los orígenes del movimiento desde sus manifestaciones literarias para después arañar en las raíces próximas y remotas que lo propiciaron.

Realmente desentrañar en detalle los orígenes del llamado *amor cortés* o *fin amor* implicaría adentrarse en una cuestión tan ardua como es el origen de la lírica provenzal. Muchas han sido las opiniones sobre ello. Pero no es nuestra intención abordar ese asunto en esta ocasión. Lo cierto es que ese movimiento afectivo, cultural y literario arraigó tan hondamente en el occidente europeo bajomedieval, que perduró varios siglos (del XI al XIV) en su cuna (Aquitania y Occitania básicamente), y se difundió con nuevos bríos, a lo largo del XIV y especialmente el XV por la Península Ibérica (tanto en Galicia y Portugal como en Cataluña y Castilla, en principio).

Es innegable en esta concepción del amor el influjo patente de la latinidad o de la cultura grecolatina, especialmente a partir de ciertos autores como Ovidio (con las *Heroidas*, los *Fastos* y la *Metamorfosis*), Virgilio (desde la

Eneida), Séneca, etc.; y en no pocos lugares también la huella clara de la sensibilidad y del erotismo árabes, con su marcado refinamiento. Mas tampoco es nuestro objetivo asomarnos a eso influjos.

En esencia el amor *cortés* es un movimiento ideológico cultural-literario de forma poliédrica, que admite y ha recibido diversas interpretaciones: desde un simple juego de la sociedad cortés, a la decantación de un neoplatonismo, desde método ascético de espiritualidad a reacción crítica contra una ética y moral cristiana dominante. Y, probablemente, un poco de todo ello hay en él.

Comencemos, pues, señalando en qué consiste. Es, nada más y nada menos, un “servicio de amor” obsesivo, total, altruista y purificador de un amante hacia una dama, colmo de perfecciones físicas, morales, materiales y sociales, preferentemente casada, a la que el amante se somete e idealiza de forma extrema, y a quien dedica su ser y su vivir.

Para comprender debidamente la esencia del *amor cortés* hay que atender 1) a su plasmación en las obras literarias, 2) a su codificación por teóricos de la época; 3) a la concepción explícita que varios poetas formulan de él; y 4) a las diversas raíces y circunstancias que lo promueven.

Cuando aparece un fenómeno nuevo en la sociedad, siempre suele ser por algún motivo que lo justifique y permita explicarlo. Y cuando se trata de un fenómeno literario, lo más cómodo es aceptar que se trata de una moda de ciertos grupos creadores, o de una ideología que provocó una reacción estética o explicaciones semejantes. Y si se analiza y estudia cuidadosamente dicho fenómeno, reactivo en mayor o menor grado, después de largos siglos y con perspectiva más objetiva las opiniones se vierten en tres direcciones generalmente: 1) dejarlo como una moda literaria que duró un tiempo y pasó –más o menos–, cerrando los ojos a la realidad, involuntaria o indolentemente. Esa ha sido la actitud predominante de interpretar *el amor cortés* durante el siglo XIX y gran parte del XX. 2) Analizar sus contactos e interferencias estéticas, y ocasionalmente ideológicas y sociales. 3) Arañar en las raíces y preguntarse cómo y por qué nació, qué objetivos se pretendían lograr con él, en qué circunstancias sociales, políticas, religiosas e ideológicas se sustentó y afirmó.

2. Y estos dos últimos van a centrar nuestro interés en este momento: intentar justificar por qué nació, dónde, cuándo y con qué objetivo, quiénes lo promovieron, cuál fue su trayectoria y aun qué secuelas dejó en algunos lugares cuando seegó de raíz la fuente de sus creadores en otros territorios.

Podemos situar la vida floreciente en Europa del llamado *amor cortés* o *fin amor* entre los siglos XI y fines del XIII en la Provenza, el Languedoc y la Occitania francesa; casi a la par en Flandes y un poco más tarde en Alemania.

No cabe duda de que, pasadas las angustias y temores del año 1000, se produjo una conmoción vital y social, una efervescencia vitalista, un cambio de mentalidades y la reaparición de algunas casi olvidadas.

Varios fundamentos imprescindibles que sustentaron y promovieron toda la literatura cortesana y de manera especial, el amor cortés son: el *catarismo* y otros movimientos ideológico-religiosos; la situación sociopolítica del régimen feudal; las luchas entre el papado y los poderes públicos (emperadores, reyes...); y el desasosegante problema del *celibato sacerdotal* en la Iglesia Católica. En algunos de ellos vamos a detenernos, y a presentarlos, al menos en las facetas que nos interesan para el tema.

El *catarismo* es la doctrina de los cátaros, movimiento religioso-ideológico, que se propagó por Europa occidental, preferentemente, por los territorios que hoy forman Alemania, Países Bajos y Francia. Con el tiempo se centró en el sur de Francia, donde arraigó y se desarrolló de manera importante, y donde contaba con el apoyo y la protección de bastantes señores feudales.

Los *cátaros* (< καθάρως, –kazaros– ‘los puros’) y más tarde llamados *albigenses* (< de la ciudad de Albi, antigua Albisa, sede nuclear del movimiento) promovían un nuevo orden social y religioso a partir del perfeccionamiento del individuo, del ser humano. Tenían unas creencias teológicas que se oponían en gran parte a los dogmas y moral de la iglesia católica romana o latina. Rechazaban sus dogmas y costumbres depravadas, la simonía, denunciaban a los sacerdotes corrompidos, sus riquezas desmedidas y obsesivas, así como las ansias de poder de los obispos, la intransigencia absoluta, las costumbres relajadas de muchos monasterios (juegos, sexo, etc.)... Rechazaban, asimismo, la divinidad de Cristo y gran parte de los sacramentos de la Iglesia Católica; no creían en la transustanciación y cuestionaban la virginidad de María.

Todo ello provocó una fuerte reacción de la Iglesia Católica a partir del s. XII, que no cejó hasta aniquilar la herejía.

La religión de los cátaros, con no escasa dosis de maniqueísmo y de neoplatonismo, se sustentaba básicamente en las siguientes creencias:

Era dualista; es decir mantenía la creencia de dos dioses: uno bueno, creador de lo espiritual, y otro malo, el malévolo Satán, creador de todo lo material. Para ellos, pues, lo único puro es el espíritu, el alma, que se halla aprisionada en un mundo y cuerpo material.

Acordes con esa creencia, para ellos, las cosas y las acciones eran buenas o malas. Así, creían que el Antiguo Testamento era obra del dios malévolo y por eso lo rechazaban de plano; mientras que el Nuevo Testamento es obra del Dios

bueno, si bien lo interpretaban a su manera y, a partir de cierto momento, sobre la versión Vulgata. En fin, tachaban a la Iglesia de Roma de “guarida de ladrones” y la identificaban con la puta que aparece en el Apocalipsis.

Tendremos que detenernos en estas cuestiones pues nos parecen fundamentales para explicar nuestra postura.

Predicaban que la confesión era vana, y el matrimonio, innecesario y postizo. Negaban la resurrección de la carne, pero aceptaban la reencarnación de las almas (que eran la de los ángeles expulsados del paraíso) en siete vidas sucesivas, hasta que cumplida su penitencia, regresaran a sus cuerpos originarios y angélicos. Negaban la existencia del infierno, pues este se halla en la tierra, y es lo material.

Había, entre ellos, una especie de casta sacerdotal, los *perfectos* u ‘hombres buenos’ (organizados en dos grupos: diáconos y obispos), que vestían de negro, vivían de manera extraordinariamente austera en comunidades muy pobres (no comían carne, huevos, ni queso), y estaban capacitados para impartir el único sacramento que admitían, el del perdón o *consolamentum*, a los moribundos.

El segundo gran grupo, muy numeroso, era el de los *creyentes*, que seguían las directrices de su religión, y eran, generalmente, exigentes consigo mismos, aunque no prescindían del matrimonio, del amor, de la comida, ni de los bienes materiales.

Entre ellos había gentes de las más diversas clases sociales: muchos de la alta nobleza, de la burguesía, de los artesanos y campesinos. Ello nos hace pensar que fue un movimiento religioso-ideológico de amplio espectro, cuyos miembros buscaban la perfección espiritual. Creían que los hombres eran iguales y que no se necesitaban ritos, imágenes reliquias, poder terrenal, etc. para aspirar a la perfección.

Mas centrémonos en los rasgos cátaros que afectan directamente a la concepción del *amor cortés*, y en algunos que influyen notablemente en los modos de vida y el pensamiento de la sociedad. Para ellos, Dios era el amor y bondad perfectos y por eso predicaban “el dios del amor”. Uno de los temas primordiales de su predicación y de vida era precisamente *el amor*, a través del cual y del arrepentimiento el ser humano aspiraba a la perfección espiritual.

Como anticipábamos, concebían el matrimonio sin ningún rito, a través del cual la Iglesia Católica trataba de sacralizar o divinizar algo tan material como el amor por otra persona. En su creencia, era mejor el amor libre que fundir algo material con lo espiritual.

Defendían la igualdad de los sexos. De ahí la relevancia que adquiere la mujer, tanto en el amor cortés, como entre los diáconos de la religión albigense.

Pues bien, este movimiento religioso, que se oponía frontalmente a los usos y fundamentos del catolicismo, tomó fuerza especial en el siglo XII, logrando muchos adeptos y devotos seguidores, especialmente en los estratos más altos de la sociedad.

Había llegado a Occidente desde Bizancio y Bulgaria en el primer tercio del siglo XI, y se instaló con fuerza en Toulouse (en 1022), donde echó grandes raíces. Poco tiempo después arraigó en Occitania, patrocinado fervientemente por el duque Guillermo de Aquitania y buena parte de la nobleza de la comarca. Los castillos que se erguían en las montañas próximas al mar eran los santuarios de los cátaros¹.

A lo largo del s. XII los pontífices trataron de neutralizar y erradicar la herejía por medios pacíficos. Así las predicaciones y campañas de Bernardo de Claraval –más tarde canonizado– y de San Crisógono y de Enrique Albano –esta ya bélica– durante el papado de Eugenio III, y otra serie de legados pontificios en la segunda mitad del siglo.

Se recurrió a convocar sucesivos Concilios ecuménicos y locales: el de Tours (1163), el tercero Lateranense (1179), y el IV del mismo lugar, Letrán, ya bajo el pontificado de Inocencio III. Bajo el mandato de este, se fraguó la idea de promover una cruzada contra la herejía; lo que provocó una reacción y división políticas en los poderes del Sur de Francia y de sus aliados. Como consecuencia de esta anunciada cruzada se aliaron, por vía matrimonial, los condes de Toulouse (Ramón VI) con la casa de Aragón (Eleonor); Alfonso VI

¹ Para nuestros planteamientos de los cátaros, sus ideas, su aniquilamiento y avatares históricos, nos apoyamos en:

Ávila Granados, Jesús, *La mitología cátara. Símbolos y pilares del catarismo occitano*, Madrid, 2005.

Maitland, S., *Historia de los albigenses y valdenses*, Londres, C. J. G. and Rivington, 1832.

VV. AA., *Historia Universal Planeta. 4. La edad del feudalismo*, Barcelona, Planeta, 1991.

Leduc, Jean Pierre, *Los cátaros*, Barcelona, G.R.M., 2ª ed. 2007

Menéndez Pelayo, M., *Historia de los heterodoxos españoles*, vol. 1, Madrid, B. A. C., 4ª ed., 1986.

Zambon, F. (ed.), *El legado secreto de los cátaros*, Madrid, Siruela, 1997.

Nelli, René, *Diccionario del catarismo y las herejías meridionales*, Palma de Mallorca, Olañeta, 1997.

<http://es.wikipedia.org/wiki/catarismo>

<http://www.encyclopediacatolica.com/c/cataros.htm>

<http://www.gabrielbernat.es/españa/inquisicion//iel delitos/albigenses.html>.

<http://genocidios.faihtweb.com/albigenses.html/>

http://es.encyclopedias.msn.com/enciclopedia_761576399/albigenses.html.

de Castilla, que casó con doña Constanza, hija de los duques de Borgoña, entre otros matrimonios, y cuya hija, Urraca, esposó asimismo con el siguiente duque de Borgoña; por otra parte Alfonso II fue conde de Barcelona y del Languedoc; etc.

El clima llegó a la máxima tensión al excomulgar, por dos veces consecutivas, Pedro de Castelnau, legado papal, al conde Raimundo VI de Tolosa (1207) por cómplice de la herejía; lo que provocó las iras de todo el poder civil.

No debemos olvidar que el Pontificado tenía en aquellos tiempos un gran poder en la sociedad, en la economía y aun en la política. Es decir, que se había convertido en un “aparato de poder político e ideológico”.

El fortalecimiento de ese poder, respaldado por el poder laico, por reyes y emperadores, lo llevó a una lucha continua, sobre todo para delimitar su territorio. Para ello se apoyó en las Cruzadas, en las peregrinaciones, en la creación de órdenes militares, uniformidad de ritos, dogmas y moral (lucha contra la simonía y el nicolaísmo)². En el Pontífice se habían fundido los poderes religiosos y terrenales, logrando autonomía económica, alianzas muy convenientes y fuerza bélica importante.

Inocencio III, en 1207, hizo un llamamiento firme a la cruzada contra los albigenses, al que respondieron el rey de Francia y varios nobles del norte francés. La indulgencia plenaria y la libertad de expropiar a los herejes de sus posesiones y apoderarse de ellas los conquistadores fue un aliciente infalible.

Consecuencia de tan grave error del Pontífice: una brutal matanza de casi todos los habitantes de Béziers, el expolio de Trencavel por Simon de Montfort, conquista despiadada de Carcasonne, hasta llegar a la batalla de Muret (1213), en que muere el conde de Toulouse, y en su lugar el papa nombra al propio Simon de Monfort³.

La guerra se fue alargando con revueltas esporádicas en Languedoc, hasta que en 1229, la Inquisición se ocupó de extirpar la herejía, con suma violencia, proceso que culminó con la masacre de la ciudadela de Montsegur, en la que, entre otras barbaridades, quemaron vivos a varios cientos de ciudadanos, por decisión del papa Inocencio III, sin ningún tipo de juicio, ni compasión por parte del “representante de Cristo en la tierra”.

² Pasane, Esther, *Historia universal planeta. 4. La edad del feudalismo*, Barcelona, Editorial Planeta, 1991, pag. 297 y sigs.

³ Una de las primeras víctimas de aquella intolerancia religiosa fue Guillermo IX de Aquitania, el primer gran trovador.

3. A partir de ahí los cátaros que lograron sobrevivir, huyeron a los bosques y a las montañas; ocasionalmente provocaban algunas escaramuzas y revueltas, que fueron sofocadas de raíz.

Muchos de ellos huyeron y buscaron refugio en el norte de Italia y en los reinos amigos de Aragón, Castilla y Galicia.

De ese modo desde el foco central, el Languedoc y la Provenza, se irradiaron sus ideas y costumbres, sus tradiciones y creencias, hacia el sur, pero casi siempre en la clandestinidad.

Nos hemos detenido en el proceso de extinción y aniquilamiento, porque nos parece un dato interesante para explicar la difusión de la poesía trovadoresca y provenzal hacia los reinos de nuestra península.

A ello hay que unir el gran influjo y transvase cultural que aportaba periódicamente el Camino de Santiago con motivo de las peregrinaciones jacobeanas.

Es obvio que una situación social como la existente en la Europa occidental en aquella baja Edad Media, el *régimen feudal* dominante, favorecía este movimiento ideológico-religioso; y de rechazo potenciaba una de las manifestaciones estéticas, el amor cortés, que servía de guía o modelo, que ensalzaba las virtudes de la *señora*, que propiciaba el respeto a la mujer en una sociedad plenamente machista y misógina y que se acomodaba muy bien a los intereses personales de ciertos grupos de poder. Recordemos que entre los 350 trovadores conocidos figuran cinco reyes, siete marqueses, diez condes, cinco vizcondes, veinte señores, un papa, varios obispos, monjes, canónigos y no pocos burgueses.

Por otra parte se había reanudado, con virulencia especial, la polémica sobre el *celibato sacerdotal*. Si los cátaros defendían la preferencia del amor libre y denostaban el valor sacramental del matrimonio, concebido como un acuerdo social de conveniencias y poco más, esa concepción, que se difundía en las más altas esferas de media Europa, fue aprovechada por quienes defendían el matrimonio de los clérigos.

Sus argumentos, casi idénticos a los actuales, eran muy precisos:

1) en ningún lugar de los Evangelios se dice que Jesús impusiera a sus apóstoles vivir célibes, 2) en varias epístolas de Pablo (a Timoteo y a Tito) el apóstol encarece a los obispos que sean fieles a su esposa y que gobiernen bien su casa y familia (Tim 3, 2-5 y Ti 1, 6). 3) En el primer concilio de Nicea, en que se discutió el asunto, no se llegó a ninguna conclusión de imponer el celibato a los eclesiásticos, pese a una fuerte oposición; 4) en la Iglesia cristiana oriental desde muy pronto se permite a los clérigos casarse. 5) Fue a partir de

principios del siglo IV, en la Iglesia romana, cuando se implantó al obligatoriedad del celibato.

Pero cuando realmente se declaró su obligatoriedad para los sacerdotes –y, en su caso, la nulidad del orden sacerdotal si existiera matrimonio– fue en el II Concilio de Letrán (1139), bajo el papado de Inocencio II (siguiendo las directrices de Calixto II en Letrán); es decir en momentos de plena efervescencia del catarismo en Francia, Alemania y norte de Italia. Los motivos fueron muy diversos, y no todos de índole religiosa⁴:

Mas, como bien ha dicho José María Castillo, el instinto sexual solo tiene tres posibles salidas: o se realiza o se reprime o se sublima: esta última fue la solución de una parte del amor cortés; especialmente cuando el amante no lograba la primera.

No queremos decir que el debate sobre el celibato eclesiástico promoviera la poesía trovadoresca con su concepción de *fin amor*, sino que avivó las llamas de la polémica con los cátaros; de manera especial, porque una parte de la alta jerarquía de la Iglesia Católica, aceptaba esa concepción idealizada del amor a la mujer, que lleva a la perfección, al respeto y aun a la idealización de la amada, pasando por alto lo subversivo del planteamiento en su esencia.

4. Hace unos años vio la luz un estudio sugerente titulado *El amor cortés o la pareja infernal*, de J.Markale⁵, que desajustaba muchos principios y fundamentos innecesariamente. Presumiendo de ateo y sacrílego el autor “desbarra” en no pocas ocasiones. Pese a ello, su trabajo encierra un cúmulo de interesantes ideas, que conviene revisar.

Como fundamento de su tesis sienta las siguientes tesis:

1. Que el cristianismo nació bajo control romano, en un medio judaico muy influido por la civilización helenística y teñido de modo indeleble por las doctrinas neoplatónicas. Hecho indudable. No debe olvidarse que un amplio contingente de los asentamientos y pobladores de la Galia e Hispania procedían de levas entre ciudadanos y esclavos del sur de Italia, en buena dosis bilingües de griego y latín.
2. Que el cristianismo fue responsable en buena parte de la victoria de la lengua latina sobre las indígenas.
3. Que, además del influjo árabe en la Edad Media, preferentemente en Hispania, existe otro elemento muy influyente en la concepción del amor cortés: *el elemento céltico*, que es el más antiguo y que, en su opinión, se difundió por toda la Galia del este, el Macizo

⁴ Para este asunto, véase Gryson, R., *Les origines du célibat ecclésiastique*, Ducrot, Gemblock, 1970; y Castillo, J. M^a en <http://www.redescristianas.net/2006/11/27>

⁵ Markale, Jean, *El amor cortés o la pareja infernal*, Palma de Mallorca, J.J.de Olañeta ed.1998.

central, la Gran montaña... cuyas huellas son el fundamento de todo lo que se construye en la Europa del s. XI. Obviamente el autor dedica gran parte de su libro a justificar esa huellas

En verdad ese aserto parece no poco exagerado. Defiende Markale que esa celticidad, transmitida a través de los cátaros y antes de los visigodos, “aparece con toda claridad en la arquitectura y ornamentación de las iglesias románicas, en los relatos populares orales y en el propio fondo del vocabulario de la lengua occitana”. Y se remonta a los más antiguos mitos germánicos para buscar las raíces célticas de la *gran dama* del amor cortés, en la diosa de todos, en la diosa madre; de la misma manera que aparece en la epopeya babilónica de Gilgamesh, en que la diosa creadora del hombre-monstruo Enkidu lo creó moldeando la arcilla con sus manos humedecidas. Afirma que los trovadores eran conscientes de que cantaban “una liturgia ambigua a la gloria de la gran diosa, de la que pueden temer todo y esperar muy pocas cosas (pag.179)”. Es decir, que ve un lejano sustrato mítico-religioso en el amor cortés.

Para nosotros, se trata de un movimiento literario, de base *ideológica*, sobre todo, refinado, elitista y profano, envuelto en moldes religiosos. Es posible percibir ecos y raíces germánicos, bretones incluso, en los amores de la reina Ginebra y Lanzarote; y aun es posible imaginar cierta semejanza de algún punto de la mitología céltica con los lazos del amante cortesano y su dama. A fin de cuentas, el amor es una constante universal del ser humano, que se adapta a unas situaciones, circunstancias y sociedades de diversas maneras, pero eso no implica que para justificar cualquier movimiento amoroso haya que retrotraerse necesariamente a los más prístinos mitos.

Demasiado forzado nos parece el razonamiento de que en los siglos XI y XII y XIII revivieran con tanta fuerza en Francia las arcaicas creencias míticas y resurgieran enfrentándose al poder establecido con sus ideologías, filosofías y teologías. Cluny, la Escolástica y el Cister tenían poder y suficiente influencia, por sí solos, para neutralizar el celtismo. Es cierto que en los pueblos y civilizaciones poco avanzados siempre quedan rescoldos que rebrotan ocasionalmente, pero no con tanto vigor como para imponer una moda literaria y una ideología en un ámbito mayoritariamente aristocrático. En todas las culturas e ideologías quedan huellas explícitas de ritos, costumbres y mitos ancestrales, pero la civilización y el avance cultural se encargan de absorberlos, acomodarlos y modificarlos.

La antropología cultural nos pone ante los ojos costumbres y ritos ancestrales, asimilados y aun fundidos a la vida de otros; por ejemplo, la purificación por el fuego y el agua en el solsticio de verano (fiesta de san Juan), las februarías de la Roma más arcaica se asumieron en las festividades del inicio de nuestro mes de febrero, de manera semejante a lo que ocurrió con las marzas

y las mayas, dedicadas originariamente a los dioses Marte y Maya. O ahí tenemos las procesiones y desfiles religiosos en ámbito rural de Hispanoamérica, en que se ve clarísima la fusión y absorción de rituales y creencias prehispánicas de unos y otros pueblos por los ritos cristianos. Y esto se percibe más nítidamente porque es corto el tiempo transcurrido, solo unos cientos de años.

Quiero con ello decir que cualquier rescoldo mítico en la poesía trovadoresca es lógico, pero no la explica suficientemente, sobre todo por tratarse generalmente de poemas amorosos. Por otra parte, desde una perspectiva crítico-literaria, dudo de que esos lejanos ecos míticos sean los más adecuados para interpretar debidamente un movimiento ideológico con tamaña repercusión estética y social, como es el amor cortés. Tampoco parece muy prudente mezclar perspectivas tan diversas –crítica de religiones, mitos, historia, orígenes del mundo y del hombre, creación literaria, etc, como hace Markale– para explicar un movimiento literario e ideológico complejo como es el amor cortés. Es claro que, por razones obvias, él se centra básicamente en la mitología germánica, pero también lo es que se podría acudir, de igual manera, a ritos sumerios, mesopotámicos, egipcios, etc. o a los clásicos grecolatinos. En los siglos XI al XIV en Francia, y hasta el XVI en España, el influjo del neoplatonismo, del cristianismo y aun de alguna heterodoxia, de la Biblia, de Averroes o de poetas latinos como Ovidio y Virgilio fue muy superior al de los mitos célticos y germánicos.

Y ello, aun a sabiendas de que en el siglo XI hubo una notable inmigración de irlandeses, con su gaélico a cuestras, a Galicia, huyendo de la presión de los vikingos. Claro que dejaron huellas, pero no de su diosa Dana, ni de sus ritos ni de sus mujeres guerreras (o brujas); y desde luego muy inferiores a las que dejó el Camino de Santiago. Y en ningún caso osaríamos interpretar la poesía galaico-portuguesa a la luz de aquellos emigrantes irlandeses. Las culturas y las ideologías surgen y avanzan por acumulación y superposición de fenómenos, hechos, costumbres, culturas e ideologías precedentes. Los pueblos conquistadores, a lo largo de la historia, generalmente han aprovechado lo más arraigado en las gentes de los pueblos conquistados, absorbiéndolo y adaptándolo a las nuevas condiciones de vida, a la nueva cultura imperante y a los nuevos ambientes. Las muestras son evidentes y numerosísimas.

Con todas esas reflexiones no pretendemos negar unas posibles huellas germánicas en la poesía trovadoresca, sino relativizarlas y ponerlas en su sitio. El amor cortés, lógicamente, tiene muchos precedentes, griegos, árabes, orientales... en la literatura española, pero ello no nos permitiría interpretar unos movimientos tan importantes como el amor cortés o el romántico a la luz solamente de *El collar de la paloma* aun cuando muchos de los rasgos de la

lirica amorosa árabe plasmados en esa deliciosa obra coincidan en parte con los del amor cortés.

Para Markale, “en un momento en que la sociedad plantea que la mujer es el eje necesario y esencial de su funcionamiento, solo puede producirse la sublimación de la imagen femenina”.

5. Gran parte de los movimientos o modas literarias nacieron condicionados o se sustentaron en una ideología importante, como decíamos. En el caso del amor cortés esa interrelación se percibe de manera palpable. No es presumible que de repente, como por generación espontánea, surja un movimiento literario y un súbito interés por el amor cortesano, siendo como un motor consustancial al hombre y a las relaciones humanas. Pensemos que no solo fue la lírica el conducto de su manifestación, sino los *tractados*, los estudios teóricos sobre el amor, la narrativa y el impacto de todo ello en un modo de vivir de ciertos grupos sociales durante siglos.

Varios son los factores que confluyeron y desencadenaron el hecho:

En primer lugar, como punto de partida y soporte podemos interpretar el renacer de las ganas de vivir, tras los temores del milenio. En aquel ambiente en que el *carpe diem* era guía vital, el amor como manifestación del deleite, de la relación más intensa e íntima entre hombres y mujeres, sentó su sede y centro de vivir, especialmente en la Francia meridional

Junto a esto debe añadirse una buena dosis de neoplatonismo en la Francia de los siglos XII y XIII, y en la España del XIV y XV. Añádase a esto cuanto dijimos de la fuerte presión de catarismo en la citada zona francesa y su expansión posterior.

Pero hay otro movimiento fundamental, a nuestro entender, en el nacimiento y difusión del amor cortés por Europa., que con frecuencia ha sido olvidado. Nos referimos a las *beguinas* y los *beguinages*. Esas asociaciones de mujeres cristianas, dedicadas a la contemplación y a ayudar a los enfermos, ancianos, leprosos y desamparados, a la par desarrollaban una encomiable labor cultural y aun literaria. Nacidas muy probablemente en Bélgica en pleno siglo XI, por donde se expandieron considerablemente (Brujas, Gante, Lieja, Malinas, Amberes...), gradualmente se instalaron en gran parte de la Europa occidental (Alemania, Francia, España, Austria, Italia, ...). Su expansión fue tan notable que en 1321 se aseguraba que había más de doscientas mil.

Sus rasgos distintivos eran la autonomía organizativa, junto a una gran independencia de criterios; eran muy críticas con la degradación de costumbres del clero y de la iglesia en general, defendían que la experiencia religiosa consiste en la relación íntima del alma con Dios, en una especie de misticismo,

y que en esa cuestión ellas no tenían por qué aceptar la interpretación de la jerarquía eclesiástica, sino seguir su propia conciencia; todo lo cual les granjeó el enfrentamiento con el poder eclesiástico establecido. Eran partidarias de la pobreza emanada del auténtico y originario cristianismo; en lo que coincidían con el ideario de Francisco de Asís, y aun de algunos grupos posteriores desviados del franciscanismo, como los *fratricelli* en Italia, los *insabattatos* en España, y aun los *valdenses*, tan próximos a los albigenses⁶.

Su labor fue muy encomiable y admirada, y algunas de las beguinas dejaron importante huella cultural e ideológica. Cada Comunidad o *beguinage* tenía gran autonomía, dentro de unas directrices comunes; y la superiora de todas las sedes o beaterios recibía el nombre de *la grand dâme*. Curioso ¿verdad? La misma denominación que todo el amor cortés da a la amada *la grand dâme sans merci*. Y si a esto añadimos que muchas de las beguinas compusieron famosos poemas de amor en la misma línea del cortesano, nos percataremos de que son demasiadas coincidencias. Así Hadewych de Amberes escribió varias obras poéticas a mediados del siglo XIII, entre las que destaca *Amar el Amor*. No es necesario explicar en qué dirección estaba escrita. Beatriz de Nazaret escribió *Los siete grados de amor*, que nos evoca *Los siete gozos de amor* de Rodríguez del Padrón; Matilde de Magdeburgo escribió *La luz que fluye de la divinidad*, en que se funde lo místico con el amor humano. No en vano una parte de la crítica literaria francesa y neerlandesa opina que de la conjunción de las obras de las beguinas y los trovadores nació la lírica provenzal, la flamenca y la alemana.

Obviamente tuvieron muchos y poderosos enemigos, hasta el punto de que fueron excomulgadas en bloque en 1312, en el Concilio de Viena; rehabilitadas en 1321; perseguidas durante los siglos XIV y XV; obligadas a fundirse con las carmelitas, etc. Y a pesar de tanta y tan larga persecución, perviven aún hoy en día.

6. Hasta aquí hemos planteado las principales raíces religiosas, sociales e ideológicas del *amor cortés*, en general, y básicamente en su génesis y desarrollo en buena parte de la Europa occidental. Pasemos ahora a revisar su entrada y asentamiento en la Península Ibérica, y especialmente en la literatura escrita en castellano.

Tal vez convenga recordar que, en buena parte, la difusión de la poesía trovadoresca y, en especial, del amor cortés –que es lo que nos ocupa aquí– así

⁶ Véanse: Rivera, Milagros, *Textos y espacio de mujeres. Europa siglos IV-XV*, Barcelona, Icaria, 1985. Sanz González, Ana Isabel, *Mujeres en la Edad Media las raíces de la libertad*, Madrid, S.N.A., 2002. Porete, Margarita, *El espejo de las almas simples*, Madrid, Siruela, 2005.

como su difusión por varias literaturas romances, se basa en una reacción frente a la represión y el brutal aniquilamiento de los cátaros y de sus ideas.

Pensemos que en el primer tercio del siglo XIV en Toulouse se renueva la tradición de la poesía occitánica, especialmente a raíz de la fundación en 1323 de la *Sobregaya Companhia dels Trobadors*. Como bien precisó J. Rubio Balaguer hace bastantes años, “sus bases fueron académicas, religiosas, y moralizadores sus temas; su ambiente, el certamen; su inevitable consecuencia, el poner virtuosismo técnico, la imitación y la retórica...”⁷

Por la misma época se redactaron en Cataluña sendos tratados de retórica por Ramón Cornet y Joan de Castellnou, del círculo de Ramón Vidal de Besalú, heredero de la mejor tradición trovadoresca de un siglo atrás. A finales del XIV se establecieron en Barcelona las fiestas de la *Gaya ciencia*, a imitación de las correspondientes de Francia.

Esa fue, pues, una de las vías de entrada y cultivo en la península de la poesía trovadoresca.

Mas todo esto tenía unos precedentes en la misma Cataluña. Sabemos que de inicios del siglo XII acá se cultivaba dicha poesía. No en vano los condes de Barcelona –desde Ramón Berenguer III, casado con doña Dulce, la heredera de Provenza–, “había ejercido un dominio feudal sobre la Galia del mediodía, como bien señaló J. Rubio Balaguer⁸; y por otra parte la proximidad lingüística convertía a aquella Cataluña en campo propicio para la expansión de la lírica trovadoresca.⁹ Así a lo largo del siglo XII florecieron varios poetas en tierras del Rosellón y Cataluña que cultivaron ese modo de trovar.

Un segundo escenario de la poesía trovadoresca en la península ibérica fue Galicia.

“La poética trovadoresca, dice Filgueira Valverde¹⁰, tuvo una cuna señorial y llevó consigo un fondo de sutileza a la doctrina del amor cortesano y una técnica artificiosa... ejercicio de señores... que cantaron por cobrar fama y amor de sus amigas...”.

⁷ Cf. Rubió Balaguer, Jorge, “Literatura catalana”, en *Historia general de las literaturas hispánicas*, Barcelona, ed. Barka, 1949, págs. 725.

⁸ Cf. Rubió Balaguer, Jorge, “Literatura catalana”, cit., págs. 656 y sigs.

⁹ Loc. cit., pág. 657.

¹⁰ Para todos estos dato, véase Filgueira Valverde, “Lírica medieval gallega y portuguesa” en *Historia general de las literaturas hispánicas*, I, cit., págs. 564 y sigs.

Tengamos en cuenta que el rey portugués Alfonso Henriques casó con doña Mafalda, de la casa de Saboya, y que Sancho lo hizo con una hija de los condes de Barcelona.

Realmente fue muy importante el Camino de Santiago (camino francés) para el intercambio de cultura, para abrir aquella Hispania a Europa, para la asimilación de formas de pensar, de creer y de crear poéticamente.

Además de los nobles y señores, peregrinos, de los juglares, mercaderes, aventureros y emigrantes por diversos motivos, vino y se instaló mayoritariamente en Galicia un amplio número de trovadores, que cultivaban y difundían sus modos literarios.

En realidad, el ambiente y las circunstancias eran propicias: copiosas cargas de oro y plata llegaban al norte peninsular, tras la desarticulación del Califato de Córdoba, gracias a los tributos; lo que atraía a no pocos emigrantes peregrinos. Por otra parte, los varios matrimonios sucesivos de Alfonso VI con princesas francesas, así como la venida de numerosos monjes y clérigos a importantes puestos eclesiásticos, con la consecuente fundación de monasterios y creación de barrios de francos potenciaron los contactos culturales ente Castilla y el Sur de Francia.

Más tarde en pleno siglo XII Alfonso VIII, a los quince años, casa con Leonor de Inglaterra, hija de Leonor de Poitou, gran dama y admirada reina de dos reinos.

En fin, con todos estos contactos político-matrimoniales y religiosos tenía que florecer en Galicia la poesía de los trovadores, cuya esencia está constatada.

Pero lo más sorprendente es que algunos de ellos utilizaron el gallego para su creación poética, así como no pocos poetas gallego-portugueses versificaron en provençal¹¹.

Destacan entre los trovadores venidos a Galicia en el siglo XIII Sordello di Goito, procedente de Mantua, y Bonifacio Calvo, de Génova¹².

En realidad, ya en esta época “todos rendían tributo a las formas ajenas y componen, como lo confesó don Denis, en maneira de provençal”. Así se comprueba en el *Cancionero de amor*, que recoge más de setecientas composiciones de amor cortés, dirigidas a la mujer idealizándola.

Esas fueron vías del trasvase de la poesía trovadoresca a nuestro país. Y aun a sabiendas de que las muestras de amor cortés en nuestras tierras seguían

¹¹ *Ibidem*.

¹² Véase el Cancionero de Colocci Brancuti, “*Cancionero da Biblioteca Nacional*”, en *Revista de Portugal*, serie A; XI, 1947.

los principios básicos del originario, no nos cabe duda de que aquí se introdujeron algunas leves variantes.

De entrada, hay que reconocer que el momento de mayor esplendor de la poesía trovadoresca en España fue algo más tardía que en las tierras de su origen. A esto hay que añadir que, además de en la poesía lírica, la plasmación del *amor cortés* tuvo gran repercusión, aunque tardía, en los *tractados* o ‘novelas sentimentales’, que dejaron su larga estela y fijaron una moda durante más de un siglo.

Al igual que en Provenza y en todo el Midi francés, se trató de un movimiento social elitista, aun cuando algunos poetas que lo practicaron no pertenecieran a la clase social elevada.

Se trataba de un movimiento ideológicamente revolucionario de las costumbres y tradiciones eminentemente católicas. Y como en todo movimiento revolucionario las motores pertenecían a las clases más altas (alta nobleza, aun monarquía, parte del alto clero...), que eran quienes marcaban las líneas directrices del camino.

En nuestra literatura en lengua castellana, indudablemente, las manifestaciones de *amor cortés* se percibe una clara superposición de las raíces cristianas a los orígenes cátaros originarios. De ese modo se logra una fusión – no criticada por la Iglesia Católica– de amor terrenal y amor divino; una idealización y aun divinización de la gran *dame sans merci*; y la creación de una *religión de amor*, con sus “misas, gozos y mandamientos”, que tendía a la sublimación y a la perfección del amante.

Pero la separación clara entre amor o pasión amorosa y matrimonio pervivió. El matrimonio era respetado como institución y base de un modelo de sociedad, aunque fuera aceptado como pacto de conveniencia que nada tenía que ver necesariamente con el auténtico amor.

Esta evidente distinción entre amor y matrimonio, que contravenía las normas, usos y tradiciones católicas, no se rechazaba explícitamente; quizás por interés y utilidad para ciertos grupos de la sociedad, que pretendían disfrutar de la situación.

Por otra parte, la divinización de algo tan terrenal y humano como es el amor repercutía en el perfeccionamiento de la persona, y por ello estaba bien visto.

Era, sí, una moda literaria que encabezaba un fuerte *movimiento profeminista*, capaz de neutralizar la misoginia vigente en aquellos reinos. Los poetas y creadores de esta corriente se convirtieron en adalides de uno de los objetivos del catolicismo de la época: reivindicar el estatus social y familiar de

la mujer, el respeto hacia ella y el logro de algunos de sus derechos... Por eso el amor cortés se convirtió en un importantísimo movimiento profeminista, y de ahí que se difundiera y alcanzara notable eco en buena parte de la sociedad de su tiempo.

Pensemos que las llamadas “novelas sentimentales” se divulgaron durante todo el siglo XV y XVI; y que en este último siglo mencionado eran más leídas que las novelas de caballería, y algunas de ellas se tradujeron a bastantes idiomas europeos, lo que supuso una gran difusión (la *Cárcel de amor* se vertió a cinco idiomas durante el s. XVI, y alguna en pleno XVII; y gozó de no menos de veinticuatro ediciones antiguas en español durante su siglo).

7. ¿Por qué la sublimación de la mujer en estos siglos?

Nos hemos preguntado en muchas ocasiones por qué en esa época, avanzado el siglo XI, en el XII y aun el XIII, se desarrolla ese movimiento filógino en la Europa occidental, y algo más tarde en la península ibérica. Esta tendencia, palpable en los siglos XI y XII coincide con la grave preocupación de las relaciones de pareja.

Las raíces de esa “revolución” sociocultural deben de ser muchas; pero si nos asomamos a algunas de ellas tal vez vayamos entendiendo tan interesante cuestión.

Es claro que a lo largo de la historia ha habido muchas mujeres ilustres y aun famosas, pero generalmente se trataba de casos aislados. También es sabido que la mujer en la Roma clásica desempeñó un papel muy importante en la familia y aun en el poder. No se nos oculta que, en teoría, el cristianismo le concedió un papel relevante, aun cuando las realidades se fueran distorsionando. Mas no es el momento de retomar esta cuestión, a la que hace años nos asomamos.

Nos interesa centrarnos en esa época ruda de la primera Baja Edad Media.

Es cierto que, aparentemente, el movimiento arranca después de la temida fecha del milenio, una vez que los temores del fin del mundo fueron superados y aun olvidados, con la evidente consecuencia de unas mayores ansias de vivir.

También es claro que la mujer desempeñaba un papel importante en la familia: no solo era el descanso del guerrero a la vuelta de la batalla, sino que se ocupaba de la casa, de la hacienda y subsidiariamente de los hijos. Y a nadie se le escapa que muchas mujeres de la clase más elevada aportaban una espléndida dote, cuando no unos títulos nobiliarios apetecidos.

Sabemos que en esa época hubo mujeres de la más alta aristocracia muy valiosas y admiradas. Pero todo esto no nos parece suficiente para explicar ese movimiento y la sublimación de la imagen de la mujer.

En los ámbitos culturales de la época lo femenino ganaba mucho terreno, tanto en la creación caballeresca como en la trovadoresca, y aun en la grotesca, burlesca y burda.

Ahí tenemos en los romances del ciclo artúrico todas las doncellas y las hadas que movían el mundo, como dice Jean Markale. Recordemos a la ‘dama del lago’ y a la deslumbrante y peligrosa Morgana, que dominaba Avalón¹³ como dijo Jean-Claude Aubally¹⁴. “la imagen de la mujer-objeto se esfuma ante la de la mujer-dueña actuante, que conduce hacia una más alta conciencia, abre el acceso al otro mundo y lleva a la realización del sí”.

Por otra parte, las más altas damas de las cortes formaban una especie de clan aislado y misterioso, atractivo, envidiado y poderoso. Y la gran dama o señora presidía las justas, premiaba al vencedor con su amor y con el honor que esto suponía. En una sociedad feudal como aquella estos grupos eran modelo inaccesible para la mayoría e idealizados por todos.

A todo esto se unía la importante huella del movimiento cátaro-albigense, del que ya hablamos, que concedía igualdad de derechos a hombres y mujeres, permitiendo –al igual que otros movimientos heterodoxos a lo largo de la historia– que estas desempeñaran funciones de diáconos –sacerdotisas, en otros casos–, al igual que los hombres.

Junto a esto recordemos que los albigenses preconizaban la preferencia por el amor libre, lo que favorecía, en ese aspecto, la indiferenciación “de clases”, al menos parcialmente.

Y al lado de cuanto venimos diciendo se percibe un cambio de ideas y principios, un debate sobre muchas cuestiones que ponían en tela de juicio ciertos principios que propiciaban la desigualdad de géneros. Teóricos y personajes ilustres dedicaron esfuerzos y escritos en pro de las mujeres, o que más o menos directamente incidían en su favor.

Así, por recordar algún caso, pensemos en Bernardo Silvestre (1150) que escribió *De mundi universitate*, en el que elogia la sexualidad y defiende el amor como remedio absoluto contra la muerte y el caos.

¹³ Cf. Markale, Jean, *Lancelot et la chevalerie arthurienne*, Paris, Imago, 1985, págs. 17 y sigs.

¹⁴ *La fée et le chevalier*, Paris, Champion, 1986, pág. 143 (*apud* J. Markale, *loc. cit.*).

Por la misma época Andrea Capellanus recopiló en su *De arte amandi* los rasgos y preceptos que caracterizan y obligan al amor cortés como doctrina vigente para todos los “siervos de amor”. Sabido es que este libro fue prohibido –junto con otros– por el arzobispo de París, Etienne Tempier¹⁵.

También tardío es el *Tratado de amor* atribuido a Juan de Mena¹⁶, que replantea ese sentimiento desde una moral católica. En él distingue tres maneras de afectos: la amistad, la dilección, que es amorío, y amor. A su vez subdivide el amor en lícito y sano, por una parte, y no lícito e insano, por otra; a los que caracteriza y sobre cuyos peligros advierte.

En fin, recordemos que, a lo largo de toda la Edad Media se escribieron muchos tratados sobre el amor, bastantes de ellos inéditos.

Es lógico que los moralistas y teólogos católicos rechazaran este llamado ‘amor cortés’, creyéndolo clara manifestación de la concupiscencia, y pecado grave; tanto en sí mismo, como en el adulterio –de hecho o de pensamiento y deseo– ,generador del pernicioso efecto que podía provocar en el ámbito familiar y en el matrimonio como institución básica de la sociedad cristiana.

Pensemos que aun concebían como adulterio el excesivo amor ardiente hacia la propia esposa, cuando ese amor no tenía por objetivo principal la procreación; y ese adulterio era concebido como más grave que el del amante con otra mujer. Concepto vigente aún hoy en algunos ámbitos eclesiásticos.

Por contra el pueblo interpretaba muy mayoritariamente que el amor no podía ser un pecado grave. Y así lo defendió Andrea Capellanus; al igual que lo difundían muchos trovadores, provenzales y españoles.

Recordemos, con J. Markale, al trovador Uc de Saint-Circ que afirmaba que se llega a Dios por medio de la mujer, y, entre nosotros, a Suero de Ribera, que se exculpa ante Dios de su enamoramiento:

Señor Dios, pues me causaste
sin comparación amar,
tú me debes perdonar
si pase lo que mandaste.
Mandaste que hombre amase
a ti sobre toda cosa
y causaste que hallase
amiga tan graciosa,
generosa, más fermosa
de cuantas. Señor, criaste,

¹⁵ Cf. De San Pedro, Diego, *Obras completas II: Cárcel de amor*, (ed. en Keith Whinnom), Madrid, Cátedra, 1972.

¹⁶ Cf. La edición de María Luz Gutiérrez Araus, Madrid, Alcalá, 1975.

a la qual amo sin par,
d'un amor tan singular
que no ay seso que baste.
Formaste la criatura
a tu semblança, Señor,
porque fuese servidor
de la tu santitat pura.
Quien figura tal figura,
quala tú afiguraste
es causa de en tu lugar,
para algún tiempo olvidar
a ti que me la mostraste¹⁷.

Veamos otra coplilla de Garci Sánchez de Badajoz, sobre el mismo tema y con semejante enfoque justificativo:

El bien que mi mal alcança
es que fue que lo causó
la cosa que Dios crió
más propia a su semejança.
E muestra la diferencia
que ay entre ella y los humanos,
que es más propia excelencia,
pues la hizo con sus manos.
Por do es bienaventurança
que a las manos muera yo
de aquella en que Dios mostró
más propia su semejanza¹⁸.

El propio san Bernardo de Claraval había dicho que “somos carnales y nacidos de la concupiscencia de la carne; es necesario así que nuestro amor conviene por la carne”.

Y bien, en aquella sociedad de los siglos XI y XII los intelectuales y creadores se preguntaban una y mil veces por algo tan antiguo como la humanidad, por el amor y la relación de pareja; si esta era un mero instrumento de procreación y pervivencia de la especie o si, como muchos de ellos sentían, era una fuerza superior, un motor psico-somático del mundo, de la sociedad, de la búsqueda de algo superior, de algo que trasciende la ruda realidad cotidiana. Y en ese ambiente aparece y destaca la figura del caballero amante, o simplemente del trovador enamorado, que vive por y para su señora amada. Así surgen los *siervos de amor*, leales, gozosos y sufridores a un tiempo, que buscan la correspondencia de su amada.

¹⁷ En *Cancionero castellano del siglo XV*, II, ordenado por R. Foulché Delboc, Madrid, ed. Bally/Balliere, 1915, pág. 192.

¹⁸ *Ibidem*, pág. 644.

Apoyándose en esta concepción del amor como camino hacia la perfección del amante y vehículo para devolver el respeto y la consideración debidos a la mujer, no pocos clérigos veían con buenos ojos la creación trovadoresca, a la par de la nobleza, ocasionalmente de la corona y de un grupo importante de lo que podemos llamar ‘intelectuales’ del momento.

Unido a esta aceptación hay otro factor concomitante, que pudo influir en lo mismo. Casualmente en pleno siglo XI se da desde la Iglesia Católica un impulso extraordinario a la devoción a la Virgen. Imposible es precisar si esta precedió a la difusión del amor cortés o este a aquella. Lo más probable es que se potenciaron mutuamente. La idealización mayor de la mujer es la que se da a la Virgen como madre de Cristo-Dios, virgen y mediadora ante el Supremo como “madre de todos los hombres”.

Esa idealización en lo religioso tuvo su correlato en lo profano y fue tal la imbricación de uno y otro que se creó una *religión de amor*, con los requisitos correspondientes, pero que no pasó de una reverencia y sumisión a la amada.

Religión que preconizaba como primer mandamiento el *amor*; el amor que purifica y ennoblece al amador y lo lleva hacia la perfección. Asimismo preconiza el respeto al ser humano; la humildad hasta la sumisión a la *diosa amada*; el sacrificio y la paciencia ante el sufrimiento del rechazo o del desdén; la lealtad, la fidelidad y la prudencia; el silencio respetuoso en el secreto para cuidar la honra de la dama; la exculpación de la amada, generalmente, cuando desdeñaba al amante, que dirigía los dardos hacia el *Amor*; el concebir como noble, pura y beneficiosa la unión de dos seres, que sienten una mutua atracción irrefrenable, plasmada en la ausencia de egoísmo así como de riquezas o de poder; etc., etc.

Y, claro está, todo esto provocaba en aquellos siglos de la Baja Edad Media un cambio brusco sobre el papel que la mujer venía desempeñando. Pero, además, abrió las puertas a una concepción diferente del matrimonio.

El amor cortés aceptaba, aunque no fuese lo habitual, un matrimonio con amor, con respeto e idealización de la esposa por parte del marido, frente a la larguísima tradición de un ‘matrimonio de conveniencias’, del tipo que estas fueran.

Con todos estos factores que venimos exponiendo se puede entender aquel movimiento psicológico-ideológico que convertía a la mujer en el ser más perfecto de la creación, en el más semejante al Dios creador, como vimos en los poemas de Ribera y de Garci Sánchez de Badajoz.

A todo esto hay que unir el papel relevante que algunos grandes señores como Guillermo IX, conde de Poitiers y duque de Aquitania, primer trovador de

nombre conocido y algunas grandes damas del siglo XII ejercieron en sus cortes, por el que se convirtieron en modelos idealizados por el pueblo.

En sus cortes organizaron tribunales del amor, que juzgaban casos complicados de relaciones amorosas y dictaban sentencias a ciertos enamorados y amadas, como dijimos.

Destacó sobre todo doña Leonor de Aquitania (1122-1204), hija de Guillermo X de Aquitania y de Leonor de Chatellerauld, cuya corte estaba en Poitiers, reina de Francia y de Inglaterra, es decir, de las dos naciones europeas más importantes de la época. Era mujer muy poderosa, independiente y liberal, por lo que fue muy criticada por la jerarquía eclesiástica. Se separó de su marido, el rey de Francia, obtuvo la anulación de su matrimonio, y se casó en segundas nupcias con el que sería el rey de Inglaterra, Enrique III. Además de estos matrimonios se le reconocen también algunos amantes. Participó en varias Cruzadas, y fue musa de trovadores, a más de su mecenas.

Estos mínimos rasgos biográficos nos dicen algo de su carácter, de su fama, de su poder y de su devoción por la literatura.

En su tribunal se juzgaban casos de infidelidad, de caprichos de las damas, de ruptura del secreto de amor, y cualquier otro desvío en el comportamiento de las relaciones amorosas... El código que pronto sirvió de referencia fue el *De arte amandi*, de Andrea Capellanus, que probablemente fue escrito por encargo de María de Champagne. El tribunal estaba formado por un gran número de damas, que discutían el caso¹⁹, y dictaminaban las soluciones. La importancia de la corte de Aquitania fue tal que el éxito y la difusión de la poesía trovadoresca y de la caballeresca del ciclo artúrico se debió en gran parte a esta mujer.

Esta corte de Leonor de Aquitania fue el modelo de las demás. Así, María de Champagne (1145-1198), hija de Leonor, cuya sede estaba en Troyes, presidía un famoso y severo tribunal que se ocupó de diversos casos de deslealtad, de intransigencia de la dama, de varios candidatos al amor de una mismaseñora, etc. Patrocinó a poetas e intelectuales notables; tales como Andrea Capellanus y Chrétien de Troyes, autor de *Lanzarote o El caballero de la carreta*, *Erec y Enide*, entre otros.

En la misma línea siguieron Elizabeth de Vermandois, sobrina de Leonor y prima de María, condesa de Flandes y de Valois; y Ernsenganda, de Carcasonne

¹⁹ Según J. Markale (*loc. cit.* pág. 18) se conservan veintiuna sentencias de diversos “tribunales”. Véase Piquer Otero, Andrés. *Leonor de Aquitania*, Madrid, Aldebarán, 1999.

y vizcondesa de Narbona, suegra de Ramón Berenguer, y fina poeta en occitano.

Pues esta serie de grandes damas de la nobleza –y algunas otras– con su actuación, sus apoyos y su afán cultural, crearon un clima estético-literario de gran fuerza. Fueron las más admiradas de aquella Europa y modelo idealizado de trovadores, de los nobles, de la aristocracia, la intelectualidad y aun la burguesía incipiente. Pero sobre todas ellas destacó Leonor de Aquitania. Gran parte de las ilustres señoras que siguieron su camino, emparentadas con ella –hija y sobrina– impulsaron la creación literaria y aun participaron en ella.

Lo cierto es que, a pesar de que aquellos *tribunales de amor* no tenían fuerza legal, disfrutaron de gran prestigio entre los poetas y personajes cultos de la época, y sus dictámenes crearon legislación poético-ideológica, a la que se sometían todos los amantes...

Sus tribunales fueron, sin duda, una de las fuerzas que más difundieron toda la concepción del amor cortés; y, consecuentemente, impulsaron la idealización y aun sublimación de la mujer. Lo que significa que fueron grandes promotoras de un movimiento profeminista serio. Recordemos cómo presenta a la gran dama Chrétien de Troyes:

“Nunca hubo dama tan afamada. Bien lo merece, pues al igual que el maestro adoctrina a los niños, mi dama la reina enseña e instruye a todos los que viven. De ella descende todo el bien del mundo, ella es su fuente y origen. Nadie puede separarse de ella y partir desalentado. Sabe lo que cada uno quiere y el medio de complacer a todos según sus deseos. (*apud*. J. Markale, pag.169)

Tras tantos y tan ricos testimonios llegamos a la conclusión de que el amor cortés fue fruto de unos movimientos ideológico-religiosos, socioculturales, hipercríticos y reivindicativos. Tal es así que se convirtió en uno de los movimientos profeministas, más serios de toda nuestra historia, desde una tendencia hacia la libertad de costumbres, potenciando la idealización del amor como índice de convivencia y aun de divinización de la amada.